

## COSAS DE NIÑOS

Es la hora del recreo, y mientras me tomo religiosamente mi taza de café, miro por la ventana como juegan todos los niños de clase.

Nunca me había fijado, pero observo con atención como las niñas juegan entretenidas a las mamás, algunas están sentadas dando de comer a sus muñecos y otras hacen como que barren el suelo lleno de piedras con trozos de ramitas que han encontrado por el recreo. Es divertido ver lo atareadas que están y lo que se esfuerzan por que sus bebés estén alimentados.

Al otro lado del recreo los observo a ellos, los niños. Todos corren divertidos detrás de los balones, algunos están jugando en el arenero, hacen bolas de barro y se las tiran unos a otros.

Realmente no sé quien les ha enseñado a comportarse de tan distinta manera, pero creo que toda la responsabilidad es nuestra. Aprendemos lo que vemos y por desgracia ellos saben perfectamente que papeles desempeñamos los adultos en nuestra vida.

Ya desde pequeños ven a sus mamas hacer todas las tareas de la casa, correr a comprar y encargarse de bañarlos, darles de comer y dormirlos hasta que parecen angelitos indefensos y los acostamos en sus camas.

Luego llega la navidad, y como no, a los niños les traen miles de coches, balones, tractores y canastas. Y a las niñas las cargan de cochecitos con bebés gorditos junto con sus biberones y sus pañales, para que empiecen a criar desde bien chiquititas. Además de toda una amplia gama de juguetes para limpiar, barrer, carritos de la compra y cocinitas con todos los utensilios para que se familiaricen con todo lo que algún día será ya no un juego, sino una obligación.

De pronto suena el timbre, y aunque suene feo, como borreguitos todos se dirigen a sus clases. Hasta los más despistados se quedan hipnotizados mirando hacia la puerta de entrada del colegio y saben que ya se acabó el recreo.

Vuelvo a clase algo triste porque no sé muy bien cómo afrontar el tema con ellos. Son tan pequeños.

Así que se me ocurre una idea, un pequeño experimento.

- Bueno, niños y niñas ¿Qué tal el recreo?

Me miran desconcertados, la clase esta distinta. No hay sillas ni mesas repartidas por la clase. Ahora están todas apiladas en una esquina y queda un vacío enorme en todo el aula.

- A ver chicos, quiero que todos los niños os pongáis en el lado derecho de la clase y que todas las niñas se pongan en el lado izquierdo. Hoy vamos a jugar a un juego nuevo. Me gustaría que cada uno de vosotros por orden me dijera que os gusta hacer cuando no estáis en clase.

Como era de esperar todos los niños me dicen lo mismo, correr, jugar al futbol y al baloncesto.

Las niñas siguen con sus mismos juegos del recreo, jugar a las mamás y a las cocinitas.

- Muy bien, pues como deberes para casa os voy a mandar que todos los niños paséis el fin de semana con vuestras madres, ayudándolas en todo lo que hagan y las niñas que os peguéis a vuestros papás y los ayudéis en todas sus tareas. El lunes me traéis una redacción con todo lo que habéis hecho y después las leeréis en clase.

Ese fin de semana lo dediqué yo misma a que mi hijo pasará cada minuto conmigo y me ayudara en todo. Al principio le pareció una idea genial, pero conforme pasaba el día empezó a decirme que se aburría, que él quería ir a comer gusanitos y ver la tele con papá. Le dije que necesitaba su ayuda, porque si se fijaba bien teníamos que hacer muchísimas cosas y yo sola no podía con todo. Me sorprendió su respuesta, ya que él tenía clarísimo que yo siempre lo hacía todo sola, que porque no me esforzaba mas y así me daría tiempo a todo.

En ningún momento mencionó una posible ayuda de su padre. Me di aun mas cuenta de lo mal que lo estábamos criando, de los valores con los que todos los niños y niñas crecen y esperé ansiosa a que llegara el lunes para ver que había pasado con mi experimento.

Mis alumnos se fueron levantando uno a uno, primero empezaron los niños. Como era de esperar se habían pasado todo el fin de semana haciendo todas las tareas de la casa y solo el domingo por la tarde relataban que sus padres los habían llevado al parque o a la montaña y allí había jugado al futbol, trepado por los arboles o habían estado buscando bichitos pequeños. Algo aburrido había sido su fin de semana, mencionaron algunos de ellos.

Las niñas en cambio habían tenido una experiencia fantástica. Sus papás las habían llevado con ellos y sus amigos a ver un partido de fútbol o las habían paseado por el parque o simplemente las habían puesto delante del televisor con varias horas de sus dibujos animados preferidos y muchas palomitas de colores que habían engullido con ellos en el sofá. Alguna afortunada hasta había ido al cine a ver la película de dibujos que acababan de estrenar.

Ellos mismos se sorprendieron de lo distinto que había sido para unos y otros. Les hice la pregunta clave.

- ¿creéis que podríais disfrutar lo mismo con papá y con mamá juntos?

Todos respondieron que claro que sí, sin duda alguna. Y que solo hacía falta que todos ayudaran por igual en casa y así todos tendrían más tiempo de disfrutar juntos.

Los felicité por su trabajo y les recordé que ellos solos, sin ayuda de nadie habían sacado la conclusión que yo quería escuchar. Todos los niños y niñas son capaces de ver lo que de adultos no vemos con tanta claridad. Todos y cada uno de nosotros somos capaces de hacerlo todo y aportando todos nuestros granitos de arena el mundo será más justo.

Mi labor como maestra es enseñarles en igualdad de condiciones y que todos luchan por realizarse como personas y que no se condicionen por ser hombres y mujeres el día de mañana. Pero más allá de lo que yo les quiera enseñar, fuera de estas paredes la responsabilidad es de sus padres y madres. Y por desgracia aun en los tiempos que estamos, seguimos teniendo mucho por lo que mejorar.

Papas y mamás, os invito a empezar en casa, a hacerles ver con nuestros actos que todos somos iguales. Seguro que el día de mañana queremos lo mejor para nuestros hijos e hijas. Estoy segura que os llenaría de orgullo ver que vuestras hijas llegan a ser directoras de una gran empresa y a la vez puede ser madres sin obstáculos algunos. Y que vuestros hijos también llegan a cumplir todos sus sueños y a la vez dan biberones, cambian pañales y cantan nanas a sus bebés.

Si nos gustaría ver así a nuestros hijos, ¡empecemos ya!, porque el tiempo pasa y ellos aprenden demasiado deprisa. En ellos está el cambio que todos deseamos ver. No deseemos la igualdad, hagámosla posible.